

RETIRO MENSUAL: ¡DIOS ESTÁ EN TI!

PARTE I: LA PRESENCIA DE DIOS¹

«En lo que podría llamarse un relato típico de la *Nueva Era*, las personas nacen con una chispa divina, en un sentido que recuerda el gnosticismo antiguo. Esta chispa las vincula a la unidad del Todo, por lo que son esencialmente divinas, si bien participan de la divinidad cósmica según distintos niveles de conciencia. Somos co-creadores y creamos nuestra propia realidad».²

Santidad

¿En qué consiste propiamente la santidad? ¿Qué significa ser santo? ¿Cuál es su constitutivo íntimo y esencial? Son varias las fórmulas en uso para contestar a estas preguntas, pero todas coinciden en lo substancial. Las principales son las siguientes:

- a) La santidad consiste en vivir de una manera cada vez más plena el misterio inefable de la inhabitación trinitaria en nuestras almas.
- b) Consiste en la perfecta configuración con Jesucristo, en nuestra plena *crisificación*.
- c) En la perfección de la caridad, o sea en la perfecta unión con Dios por el amor.
- d) En la perfecta conformidad de la voluntad humana con la divina.

MODOS DE PRESENCIA DE DIOS³

Pueden distinguirse, en efecto, hasta *cinco* presencias de Dios completamente distintas:

1.a PRESENCIA PERSONAL E HIPOSTÁTICA. Es la propia y exclusiva de Jesucristo-hombre. En él la persona divina del Verbo no reside como en un templo, **sino que constituye su propia personalidad, aun en cuanto hombre**. En virtud de la unión hipostática Cristo-hombre es una persona *divina*, de ningún modo una persona humana.

2.a PRESENCIA EUCARÍSTICA. En la Eucaristía está presente Dios de una manera **especial** que solamente se da en ella. Es el ubi eucarístico, que, aunque de una manera directa e inmediata afecta únicamente al cuerpo de Cristo, afecta también indirectamente a las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad: al Verbo por su unión personal con la humanidad de Cristo, y al Padre y al Espíritu Santo por la *circuminsesión* o presencia mutua de las tres divinas Personas entre sí, que las hace absolutamente inseparables.

3.a PRESENCIA DE VISIÓN. Dios está presente en todas partes, pero no en todas se deja ver. La visión beatífica en el cielo puede considerarse como una presencia especial de Dios distinta de las demás. En el cielo está Dios **dejándose ver**.

¹ Seguimos el libro *Teología de la perfección cristiana*, P. ROYO MARÍN.

² PONTIFICIOS CONSEJOS DE LA CULTURA Y PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO, *Jesucristo portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la New Age*, Palabra, Madrid 2003, 72.

³ *Teología de la perfección cristiana*, P. ROYO MARÍN, cap. II, a1.

4.a PRESENCIA DE INMENSIDAD. Uno de los atributos de Dios es su **inmensidad**, en virtud de la cual Dios está realmente presente en todas partes, sin que pueda existir criatura o lugar alguno donde no se encuentre Dios. Y esto por tres capítulos:

-por esencia, en cuanto que Dios está *dando el ser* a todo cuanto existe sin descansar un instante, de manera parecida a como la fábrica de electricidad está enviando sin cesar el fluido eléctrico que mantiene encendida la bombilla. Si Dios suspendiera un solo instante su acción conservadora sobre cualquier ser, desaparecería *ipso facto* ese ser en la nada, como la lámpara eléctrica se apaga instantáneamente cuando le cortamos la corriente. En este sentido Dios está presente incluso en un **alma en pecado mortal y en el mismísimo demonio**, que no podrían existir sin esa presencia divina.

-por potencia, en cuanto que Dios tiene sometidas a su poder todas las criaturas. Con una sola palabra las creó y con una sola podría aniquilarlas.

-por presencia, en cuanto que Dios tiene continuamente ante sus ojos todos los seres creados, sin que ninguno de ellos pueda substraerse un solo instante a su mirada divina.

5.a PRESENCIA DE INHABITACIÓN. Es la presencia *especial* que establece Dios, uno y trino, en el alma justificada por la gracia.

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos nuestra morada». (1 Jn 14,23)

«Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él». (1 Jn 4,26)

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros». (1 Cor 3,16-17)

«¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?». (1 Cor 6,19)

«Pues vosotros sois templo de Dios vivo». (2 Cor 6,16)

«Guarda el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo, que mora en nosotros». (2 Tim 1,14)

¿En qué se distingue esta presencia de *inhabitación* de la presencia general de *inmensidad*?

Ante todo hay que decir que la presencia especial de *inhabitación* supone y preexige la presencia general de *inmensidad*, sin la cual no sería posible. Pero añade a esta presencia general dos cosas fundamentales, a saber: la **paternidad** y la **amistad** divinas, la primera fundada en la *gracia santificante* y la segunda en la *caridad*.

Vamos a explicar un poco estas realidades inefables.

LA PATERNIDAD. Propiamente hablando, no puede decirse que Dios sea *Padre* de las criaturas en el orden puramente natural. Es verdad que todas han salido de sus manos creadoras, pero este hecho constituye a Dios Autor o Creador de todas ellas, pero de ningún modo le hace *Padre* de las mismas. El artista que esculpe una estatua en un trozo de madera o de mármol es el autor de la estatua, pero de ningún modo su *padre*. Para ser padre es preciso transmitir la propia vida, esto es, la propia naturaleza específica, a otro ser viviente de la misma especie.

«¿Se dice o no se dice de Dios antes de nada en sentido personal que es padre?»

Por todo lo dicho (q.27 a.2; q.28 a.4), resulta evidente que la razón perfecta de paternidad y de filiación se encuentra en Dios Padre y en Dios Hijo; porque al Padre y al Hijo les es común la naturaleza y la gloria. Pero en la criatura, la filiación respecto de Dios no contiene toda la razón de filiación, puesto que no es idéntica la naturaleza del Creador y la de la criatura. Se dice filiación por alguna semejanza; la cual, de ser más perfecta, más cerca estaría de la razón de filiación. Pues se dice que Dios es Padre de alguna criatura, porque ha dejado alguna huella de semejanza sólo, incluso en las criaturas irracionales. Dice Job 38,28: *¿Quién es el Padre de la lluvia? O las gotas de rocío, ¿quién las engendró?* Por otra parte, de las criaturas racionales se dice que El ha puesto la imagen de semejanza. Dice Dt 32,6: *¿Acaso no es El mismo Tu Padre que te poseyó, te hizo y te creó?* De otras criaturas El es Padre por la semejanza de la gracia, por la que son llamados hijos adoptivos, en cuanto que están ordenados a heredar la gloria eterna como dispendio de la gracia. Dice Rom 8,16-17 *El mismo Espíritu nos testifica que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también somos herederos.* Y de otras criaturas es Padre por la semejanza de la gloria, en cuanto que ya poseen la herencia de la gloria. Dice Rom 5,2: *Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios.*

Así, pues, queda claro que en Dios paternidad se dice antes por la relación de la Persona a la Persona que por la relación de Dios a las criaturas»⁴.

Por eso, si Dios quería ser nuestro Padre, además de nuestro Creador, era preciso **que nos transmitiese su propia naturaleza divina en toda su plenitud**—y éste es el caso de Jesucristo, Hijo de Dios por naturaleza o, al menos, una participación real y verdadera de la misma: y éste es el caso del alma justificada. En virtud de la *gracia santificante*, **que nos da una participación misteriosa, pero muy real y verdadera de la misma naturaleza divina**, el alma justificada se hace verdaderamente *hija de Dios*, por una adopción intrínseca muy superior a las adopciones humanas puramente jurídicas y extrínsecas. Y desde ese momento, Dios, que ya residía en el alma por su presencia general de inmensidad, *comienza a estar en ella como Padre* y a mirarla como verdadera hija suya. Este es el primer aspecto de la presencia de *inhabitación*, incomparablemente superior, como se ve, a la simple presencia de inmensidad. La presencia de *inmensidad* es común a todo cuanto existe (incluso a las piedras y a los mismos demonios). La de *inhabitación*, en cambio, es propia y exclusiva de los hijos de Dios. Supone siempre la gracia santificante y, por lo mismo, no podría darse sin ella.

LA AMISTAD. Pero la gracia santificante no va nunca sola. Lleva consigo el maravilloso cortejo de las virtudes infusas, entre las que destaca, como la más importante y principal, la **caridad sobrenatural**. Como explicaremos en su lugar, la caridad establece una verdadera y mutua *amistad* entre Dios y los hombres: es su esencia misma. Por eso al infundirse en el alma, juntamente con la gracia santificante, la caridad sobrenatural, Dios *comienza a estar en ella de una manera enteramente nueva*: ya no está simplemente como autor, sino también **como verdadero amigo**. He ahí el segundo entrañable aspecto de la divina *inhabitación*.

Presencia íntima de Dios, uno y trino, como *Padre* y como *Amigo*. Este es el hecho colosal, que constituye la esencia misma de la *inhabitación* de la Santísima Trinidad en el alma justificada por la gracia y la caridad.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Teológica*, I^a q. 33 a. 3 co.

Conclusión: *La Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas para hacernos participantes de su vida íntima divina y transformarnos en Dios.*

«[Al contemplar el Nacimiento:] En segundo lugar, **por estas cosas se eleva nuestra esperanza.** Es evidente que el Hijo de Dios, asumiendo nuestra carne, no vino a nosotros por una banalidad, sino para una gran utilidad nuestra. Por donde realizó una especie de intercambio; a saber, asumir un cuerpo animado y dignarse nacer de la Virgen, para conferirnos su divinidad; y así se hizo hombre para hacer Dios al hombre. Por el cual tenemos acceso por la fe a esta gracia en que estamos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios **(Rom 5,2)**»⁵. **(Santo Tomás de Aquino)**

Por increíble que parezca esta afirmación, la inhabitación trinitaria en nuestras almas tiende, como meta suprema, a **hacernos participantes del misterio de la vida íntima divina asociándonos a él y transformándonos en Dios**, en la medida en que es posible a una simple criatura, Escuchemos a San Juan de la Cruz—doctor de la Iglesia universal—explicando esta increíble maravilla:

«Este *aspirar del aire* es una habilidad que el alma dice que le dará allí en la comunicación del Espíritu Santo; el cual, a manera de *aspirar*, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita *para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo* que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo. Porque no sería verdadera y total transformación si no se *transformase el alma en las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado.* Y esta tal *aspiración* del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es a ella de tan subido y delicado y profundo deleite, que no hay que decirlo por lengua mortal, ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcanzar algo de ello...

(...)

¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!»⁶

Ave María y adelante!

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, Exposición del Símbolo de los Apóstoles.

⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, c.39 n° 5.